

Los soldados castellanos, al verles partir, quedaron fluctuando entre el temor y la esperanza de una favorable contestacion.

Segun la creencia de los que juzgaban quimérico el proyecto de marchar á Méjico, la contestacion del senado seria enviar nuevos ejércitos. Segun la opinion de los que participaban del espíritu de Cortés, la paz se celebraria dentro de breve tiempo.

Los acontecimientos nos dirán quiénes acertaban.

## CAPÍTULO XXIX

Hace otra incursion Cortés por los pueblos inmediatos.—Manifestaciones de descontento en el campamento español, contra el proyecto de ir á Méjico.— Los descontentos se presentan á Cortés.—Contestacion de éste.—Queda resuelto no retroceder.—Sin Cortés se hubiera abandonado la empresa.

Habian transcurrido dos dias desde el terrible asalto nocturno.

La contestacion del senado á la embajada, no se recibia aun.

El país presentaba el mismo aspecto hostil que al principio.

El bravo Jicotencatl se hallaba con su numeroso ejército en el punto donde se habia colocado al empezar la campaña.

Todo anunciaba que la paz estaba lejana, y próxima alguna batalla.

Hernan Cortés, temiendo que el enemigo atribuyese la inacción á flaqueza, y queriendo aprovecharse del efecto de terror que debió causar en el país el último descalabro de Jicotencatl, resolvió hacer otra excursión por algunos pueblos que no habia visitado, para hacer ver á los que se habian manifestado contrarios, que le sobraba poder para castigarles.

Veia fatigado, herido y enfermo de las marchas, batallas y continua vigilancia al puñado de hombres que tenia; él mismo, como he dicho, se encontraba atacado de calenturas; pero comprendiendo que era indispensable hacer un esfuerzo supremo para no perder la influencia moral conseguida con los pasados triunfos, pospuso las penalidades al resultado de la obra.

Para que nadie pudiese acusarle de ordenar lo imposible, se propuso ponerse al frente de la expedición. Los soldados, al verle, no podian menos de admirarle. Su espíritu inquebrantable y su voluntad poderosa, daban vida, esfuerzo y movimiento al pequeño ejército que dirigia.

Concebida la idea de una nueva incursión por los alrededores, al momento la puso en planta.

Mucho confiaba el jefe español de las ventajosas consecuencias que produciria, en provecho de su empresa, la incursión que disponia. Con ella mostraba al enemigo que los soldados castellanos eran infatigables y que no cesarian en la lucha hasta que no se fuese á solicitar la paz.

El punto elegido para la excursión se hallaba á distancia de legua y media del campamento. Era una población

bastante considerable, cabecera de pequeñas aldeas, aunque muy pobladas. Varias veces se les habia invitado á sus habitantes á que se presentasen de paz; pero jamás acudieron al llamamiento.

Hernan Cortés, poniéndose al frente de sus doce jinetes, de cien infantes, incluso ocho arcabuceros y diez ballesteros, y de los aliados cempoaltecas, salió poco después de media noche, con objeto de caer sobre los pueblos, antes de que amaneciese y se dispusieran á la lucha (1).

El campamento quedó perfectamente custodiado y abastecido.

Un viento helado corria de la sierra nevada, que penetraba hasta la médula de los huesos. Los soldados, sin mas abrigo que el simple traje que habian usado en las abrasadas costas, á las cuales se habian aclimatado, sentian la impresión de él, que les «hacia temblar é tiritar», dice Bernal Diaz. Cuatro de los caballos, sobrecogidos de frio y acalambrados, cayeron al suelo. Hernan Cortés mandó que los volviesen inmediatamente al real para que los curasen, y él continuó su marcha. Los soldados, teniendo por mal agüero la caída de los corceles, y viendo á su jefe enfermo de tercianas, le aconsejaron que retrocediese al campamento, diciéndole que era mala señal la desgracia acontecida al empezar la jornada. «Dios es sobrenatura», contestó Hernan Cortés

(1) Prescott pone esta incursión de día y antes del castigo de los espías; pero que fué después de éste y de noche se ve por lo que dice Cortés: «Después de pasado esto (el castigo de los referidos espías) y después de estar algo descansado, salió una noche, etc.» Bernal Diaz dice lo mismo que Cortés: «por manera que una noche, al cuarte de la modorra, etc.»

con aquella fé que le daba esfuerzo en los mayores peligros, y siguió adelante, sobreponiéndose á su enfermedad y á la preocupacion de sus subordinados.

Marchando por una senda orillada por uno y otro lado de ricas sementeras de maíz, llegó, antes de que brillase la luz de la mañana, á las puertas de los pueblecitos que eran objeto de su incursion. Sus habitantes al verse atacados y sorprendidos, huyeron sin oponer resistencia, aterrados ante la vista de los que habian derrotado á los poderosos ejércitos de Jicotencatl. Cortés, aprovechándose del pánico esparcido entre los habitantes, penetró luego en la principal poblacion que contaba, dice él mismo, «mas de veinte mil casas», esperando encontrar alguna resistencia. Pero la gente salia huyendo de sus hogares, sin llevar arma ninguna, y el jefe español al verles inermes, se detuvo, para evitar que se les hiciese daño.

La actitud pacífica que tomó el ejército castellano, tranquilizó á los habitantes; y pasado un momento, se presentaron á Cortés los principales nobles y sacerdotes, manifestándose dispuestos á la paz y á declararse vasallos del rey de España. Contentos del buen recibimiento que les hizo el general español, le dijeron que si no se habian presentado en el campamento castellano con gallinas y pan de maíz, la culpa fué únicamente de Jicotencatl, que se lo habia prohibido; pero que en lo sucesivo llevarian abundantes víveres. Cortés, por medio de Marina y de Aguilar que acompañaban al ejército en todas las operaciones militares, les expresó, con agradables palabras, su gratitud, y les ofreció su amistad y proteccion.

La entrevista terminó con una gran comida con que los nobles obsequiaron al jefe español, presentándose de paz mas de cuatro mil personas (1).

Hernan Cortés, satisfecho del éxito de su expedicion nocturna, se despidió afectuosamente, y emprendió la marcha hácia su campamento (2).

Durante su excursion, los soldados que habia dejado en el real se habian manifestado recelosos y descontentos. Al ver llegar los cuatro caballos para que fuesen curados y no tener noticia durante el tiempo transcurrido desde entonces, de la fuerza que componia la expedicion, temieron que le hubiese acontecido alguna desgracia á la pequeña columna expedicionaria.

Esto dió motivo á que empezase cada soldado de los antiguos quejosos, á manifestar, sin reserva, la repugnancia hácia la empresa que se trataba de llevar á cabo.

La llegada de Hernan Cortés al campamento, lejos de ser un motivo para imponer silencio, aumentó la murmuracion de los descontentos, que anhelaban que llegasen á oídos del general sus quejas, á fin de que desistiese de la expedicion y ordenase la vuelta á la isla de Cuba.

Viéndose casi todos heridos y enfermos; teniendo por presente los trabajos, el hambre y la miseria, y en perspectiva nuevos sufrimientos y batallas, á juzgar por el

(1) «Y luego vinieron conmigo mas de cuatro mil dellos de paz, y me sacaron fuera á una fuente y me dieron muy bien de comer». Segunda carta de Cortés á Carlos V.

(2) Prescott mezcla en la relacion de esta excursion, algo de los acontecimientos de las anteriores que ya dejó referidas, y al decir que «marcó su camino con el fuego y la desolacion», parece que se refiere tambien á la última

carácter indómito que habian encontrado en Jicotencatl, calificaban de locura el empeño de Cortés en continuar la empresa comenzada. «Somos un puñado de hombres debilitados por las calenturas, la fatiga y el trabajo—se decian unos á otros;—metidos en el corazon de países poblados y guerreros que pueden cercarnos, por todas partes, de ejércitos numerosos que nos corten los pocos víveres que alcanzamos y la retirada á la costa. Muchos de nuestros compañeros han perecido, y no hay probabilidad ninguna de que nosotros alcancemos mejor fin que ellos: carecemos de sal para comer, y de medicamentos para curarnos. Hemos llevado la empresa hasta la temeridad; pero no debemos llevarla hasta la insensatez. Hagamos ver á nuestro general, que el deber, llevado más allá de lo posible, da resultados contrarios á lo que la conciencia dicta y Dios exige; y que si intenta seguir su imposible marcha á Méjico, la continúe solo, sin pretender hacer cómplices de sus delirios á los hombres que hasta hoy le han acompañado en servicio de la religion y del rey.»

Hernan Cortés, que recorria todos los puntos, oia con pena las conversaciones de sus soldados que, por desgracia, envolvian mucha verdad en lo relativo á los padecimientos que sufrían. Algunas veces oyó decir, en alta

incursion que es donde se hallan esas palabras. Pero en ésta no hubo incendio ninguno. «E no quise quemar las casas», dice Hernan Cortés; y Bernal Diaz manifiesta «que no se les hizo daño ninguno»; que la expedicion se habia hecho «no para hacelles mal, digo matalles ni herilles ni traelles presos, mas de traer comida y atemorizalles ó hablalles de paz, segun viésemos lo que ellos hacian.»

voz, «que habia sido el Pedro Carbonero que les condujo á donde nunca podrian salir» (1).

Su empresa llegó á tenerse, al tocar las grandes dificultades de ella, por un absurdo. Al pasar por junto á una choza, dentro de la cual estaban hablando algunos compañeros de armas, escuchó que decian, sin saber que eran oidos, que «si él era loco y se metia en sitio de imposible salida, no debian serlo ellos; que la prudencia aconsejaba volverse al puerto; pero que si insistia en marchar adelante, que le dejasen solo, puesto que así lo queria» (2).

Los que mas censuraban la empresa acometida, eran los antiguos partidarios de Velazquez, que tenian repartimientos en Cuba y anhelaban volver á la isla á disfrutar tranquilamente de sus bienes. Esos decian que, si la sola república de Tlaxcala tenia en continuo jaque al pequeño ejército, sin dejarle descansar un solo instante, intentar con menos gente, y ésta herida y enferma casi toda, la marcha sobre la capital de Méjico, nacion mas poderosa y rica, era un delirio: dirigirse á ser sacrificados en el altar de los ídolos. «Nuestra vida, añadian, es peor que la de las bestias, pues á éstas se les quita la carga así que han terminado su jornada, se les da de comer y se les concede descanso, mientras nosotros car-

(1) «A mis oidos oia decir por los corrillos y casi público, que habia sido Pedro Carbonero que los habia metido donde nunca podrian salir». Segunda carta de Cortés á Carlos V.

(2) «Oí decir en una choza de ciertos compañeros, estando donde ellos no me veian, que si yo era loco y me metia donde nunca podria salir, que no lo fuesen ellos, sino que se volviesen á la mar, y que si yo quisiese volver con ellos, bien; y si no, que me dejasen». Hernan Cortés en la carta mencionada.